

La Ciudad de las Ciencias, entre la educación y el turismo

Crónica de cincuenta mil millones sin rumbo

Antonio E. Ten Ros

Universidad de Valencia - CSIC

Artículo publicado en Territorio y Vivienda, suplemento del diario Levante-EMV, del domingo 14 de marzo de 1999.

Este artículo puede considerarse un complemento del publicado por la periodista Olga Denia en el [número 610 de la revista "El temps", páginas 72-75, de febrero de 1996.](#)

Alternativamente, puede encontrarse también en el siguiente link: [ODCCET.pdf](#)

La Ciudad de las Artes y las Ciencias de Valencia, no sé si unir su nombre al de nuestro príncipe, se ha convertido en un ente singular. No conozco ningún proyecto en el mundo, y conozco muchos en todos los continentes, que se parezca en su gestación, ni remotamente, al valenciano. Por ahí no se hacen así las cosas. La decisión de dotar a una ciudad de un museo o parque temático de la ciencia de titularidad pública, siempre ha estado precedida por trabajos muy serios de científicos y educadores. Se ha difundido estos trabajos para que estudiosos, enseñantes y futuros usuarios ayudasen a optimizar los recursos. Se han hecho publicaciones técnicas y depurado metro a metro cada proyecto museológico o lúdico... Y ni de lejos las inversiones previstas se acercaban a la de Valencia. Ciertamente, en esto al menos, el proyecto valenciano va a ser singular. Nadie hasta ahora se había atrevido a hacer así las cosas con dinero de los ciudadanos

Hagamos un poco de historia. La Ciudad de la Ciencia de Valencia nació, en 1989, con unos objetivos bien definidos, detallados en sus informes internos, entonces coordinados por José María Bernabé, Director General de Estudios de la Consellería de Presidencia y divulgados en diversas publicaciones.

Entre los objetivos transversales que animaban el proyecto, la educación y el ocio creativo para todos los ciudadanos, escolares y no escolares, constituía uno de los más importantes. Junto a estos, un conjunto de objetivos generales y sectoriales marcaban las líneas con las que se planificó cada uno de los espacios expositivos.

De acuerdo con dichos objetivos, se alumbró un proyecto original, a medio camino entre el museo interactivo, el parque temático científico y la selectiva exposición de la realidad industrial y tecnológica de la Comunidad Valenciana.. La Ciudad de La Ciencia nacía así, como su divisa "Divertir, informar y formar" proclamaba, como un parque lúdico dedicado a la ciencia, la industria y la tecnología. Llegó incluso a pensarse en tipos de edificios que optimizasen la funcionalidad y la inversión y hasta se realizó una maqueta que fue presentada al entonces presidente de la Generalitat, Juan Lerma.

La aparición de Santiago Calatrava cambió radicalmente el panorama. Calatrava acababa de presentar su proyecto de la torre de telecomunicaciones y se decidió unir los dos proyectos y encargarle el diseño de un edificio para la futura Ciudad. El proyecto de Calatrava cambió funcionalidad por espectacularidad y la Generalitat pasó de pensar en un edificio para el "museo" a imaginar el edificio con cualquier cosa dentro. La Ciudad de la Ciencia iba, poco a poco, dejando de ser un gran proyecto educativo, de un tipo de educación que los especialistas llaman "no formal", pero educación al fin, para convertirse en una especie de postal de Valencia. Los responsables políticos imaginaban ya las fotos en las guías turísticas y el proyecto de

contenidos y de servicios a los ciudadanos pasó a un tercer o cuarto plano. Calatrava antepuso, más que conjuntó, espectacularidad a funcionalidad y la inversión inicial, más modesta, pasó a dispararse hasta cantidades de vértigo. El primitivo proyecto de contenidos, elaborado por 52 reconocidos científicos, estudiosos de la educación y enseñantes valencianos, voló a mejor gloria y su sustituto no pasó de cuatro vaguedades instaladas en la infausta Carpa de la Ciencia, agujero negro de cerca de mil millones de pesetas

Las elecciones.

Y en estas se acercan las elecciones. El gobierno anterior, a través de la empresa VACICO S.A., se apresuró a licitar y adjudicar las obras días antes de las elecciones. Llegado el PP al poder, el conseller Olivas se encontró con un proyecto en el que la torre de comunicaciones no tenía plan de explotación viable y en el que el espectacular edificio de Calatrava no era más que un gran cascarón vacío. Cortó por lo sano, se cargó la torre y alumbró, deprisa y corriendo, el famoso proyecto del "Chorrito de Olivas", en referencia a un gran surtidor que allí aparecía. Rápidamente ocultado, ese fue el último proyecto del que se sepa algo concreto de cuanto lo que esta administración está preparando.

Tras él, se desata el caos. Después de muchos meses de paralización e inundaciones, aparece la "Ciudad de las Artes y las Ciencias", en referencia a la transmutación de la torre en "palacio de las artes", al que se pega un parque oceanográfico, misteriosamente surgido de no se sabe donde ni para satisfacer qué necesidades de la sociedad valenciana. Sigue sin hacerse público ningún proyecto de contenidos, ni educativo, ni de conexión con sus posibles públicos objetivo. Aparece el señuelo del... ¡Turismo! ¡La Ciudad de las Artes y las Ciencias será el faro que atraerá a Valencia a masas de los turistas! ¡La Ciudad de las Artes y las Ciencias hará a Valencia famosa en el mundo! Sin estudios públicos de idoneidad, sin proyectos de explotación conocidos, sin haber puesto a debate público para qué ni a quienes va a servir la nueva Ciudad, la inversión comienza a dispararse. Las últimas cifras publicadas van ya por cerca de cincuenta mil millones de pesetas, a las que siguen añadiéndose apéndices carísimos.

Nada queda del proyecto original... o mejor, sólo el concepto del cine hemisférico, que comienza a funcionar entre cables y camiones de hormigón. Solo existe una niebla de la que comienza a surgir un extraño esqueleto, que se convierte en una fantástica y genial escultura en piedra y acero. Tras su inaudita "inauguración", nada se ha dicho todavía de cómo se adecuarán los contenidos con el edificio. No se conoce proyecto educativo, ni por tanto qué tipo de proyecto educativo, para su funcionamiento. No se ha discutido con medios científicos ni los agentes sociales qué tipo de museo se está proyectando. No se ha comenzado a preparar la conexión con los protagonistas del sistema educativo, ni a reciclarlos para utilizar tan carísimo equipamiento. No se sabe si será un parque temático o un almacén de curiosidades... Ningún debate público serio. Solo la niebla.

El instante supremo.

Aquí parece todo fiarse a un instante supremo, a un destello espectacular, mediante el que la verdad será revelada al pueblo admirado. Tras él, masas de turistas invadirán Valencia y la ciudad alumbrará al mundo con los destellos de su luz. Ojalá acierten. Solo un pequeño detalle cosquillea entre tantas promesas. Para que un proyecto de este tipo se mantenga tras los primeros dos o tres primeros años de gracia, hace falta que contribuya de verdad a satisfacer las necesidades de los ciudadanos. Las gigantescas inversiones iniciales no son nada comparadas con los costes de mantenimiento y remodelación que un mal proyecto debe arrastrar. Si preocupante es la relación coste-beneficio de los cincuenta mil millones a invertir, más preocupantes son los miles de millones anuales que costará el mantenimiento. ¿Va a valer la pena perder en laboratorios universitarios, infraestructuras, hospitales o residencias de ancianos, lo que va a tener que invertirse ahí? Sinceramente, testigo de planificaciones más rigurosas, el instante supremo me da vértigo.

LOS OBJETIVOS DE LA CIUDAD DE LA CIENCIA

En el número 11 (Enero de 1990) de la revista "Nuevo siglo", que dirigía Manuel Campo Vidal y que se dedicó monográficamente a la Comunidad Valenciana, se recogían ya, como objetivos generales de la Ciudad de la Ciencia y la Tecnología de Valencia, junto a otros más particulares, los siguientes:

1. Proporcionar al ciudadano actual la necesaria perspectiva histórica y las claves básicas para la comprensión del mundo científico en el que vive y la tecnología en que apoya su vida cotidiana.
2. Poner de relieve, ante el conjunto de la sociedad, el impacto ecológico, social y económico de las nuevas tecnologías, sus riesgos y sus consecuencias.
3. Contribuir a estimular, en las distintas capas de la población, la imaginación, la creatividad y la innovación científica y tecnológica.
4. Constituir un centro ágil y dinámico de prospectiva del futuro inmediato.
5. Crear un espacio de exposición, difusión y encuentro, para todos aquellos interesados en el conocimiento y utilización de los logros de la ciencia y la tecnología, en Valencia y en el resto del mundo.
6. Salvaguardar el patrimonio científico e industrial valenciano, puesto bajo su custodia.

En el primer proyecto de contenidos, presentado en 1991, todos ellos se materializaban en espacios y actividades detalladamente definidos. Hoy son ya parte de la historia.